

## SÁBANAS LIMPIAS EN NUEVO CAMINO

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

---

Se va acercando el tiempo de abrir los baúles para sacar la ropa de primavera con el fin de ponerla a colgar al aire limpio que viene de los montes; y no es mala época para ir con las sábanas al río para que las empape bien el agua cantarina y fría de los regajos, o al lavadero del pueblo donde ha lugar, además, uno de los encuentros más cardinales del sexo femenino durante no pocos siglos, la charla y el comadreo; en un lugar o en el otro probablemente las sábanas serán enjabonadas con el famoso jabón Lagarto, o con el fabricado en cada hogar por las hábiles manos de las amas de casa empleando los productos y proporciones que heredan de generaciones anteriores; cuya operación termina al tender al sol las sábanas para que reciban los rayos del rey de los astros, y, de esa forma, adquieran un blanco imposible de conseguir con cualquier detergente al uso.

Según vemos, dos son los productos que nos sirven para la limpieza de una pieza tan importante en el hogar como son las sábanas: a) El agua clara, limpia y fría que baja de los ventisqueros; y b) el jabón, de origen desconocido, por más que ha llegado hasta nosotros la que pudo ser primera receta que se elaboró por los sumerios allá por el año 3.000 a.C., con la data que quedó escrita de que «se debe mezclar una parte de aceite y cinco de potasa... De este modo se consigue una especie de pasta que librará al cuerpo de la suciedad más que empleando solo agua del río». Como cuando se trata de echar mano del origen de determinados productos que llegan hasta nosotros, en este caso han surgido investigadores que sitúan el origen del jabón en Babilonia en el 2.800 a.C., o en Egipto en el 1.500 a.C., o en Fenicia en 600 a.C., siendo, estos últimos, los que la trajeron a España, como tantas otras cosas.

Si bien da la sensación de que la limpieza de las sábanas es fácil de conseguir por las personas que se ocupan y preocupan de la limpieza y orden de las viviendas, no tan sencillo es la limpieza personal de los individuos. No nos referimos a la que citaban los sumerios. ¡Qué va! La limpieza de fuera es fácil de conseguir, pero la de dentro es la más complicada y por ende se da, en no pocas ocasiones, que los seres humanos requieren una limpieza interior que también la hemos de contemplar desde dos puntos de vista diferentes.

Por un lado el ser creyente, de entrada, tiene la ayuda de la fe. De lo que le puede decir su fe a las preguntas que haga. De los textos sagrados o filosóficos que le dejaron a mano sus ancestros para que se formara con su lectura o la práctica del contenido. En este caso puede resultar relativamente fácil recibir una respuesta a la que hacer caso en cada paso que el individuo da en la historia personal, a los comportamientos que ha de tener, enjuiciando cuál es la mejor respuesta ante los problemas que se presentan cada día, a las ofertas que continuamente le hacen en la

calle, o incluso en casa, en cómo enfocar lo que conciben o dicen los otros. Es relativamente fácil porque no son difíciles de encontrar respuestas frente a las diversas situaciones que surgen cada día. Pero, de hecho, por otra parte, no resulta nada fácil porque, al final, tiene que ser uno mismo el que ha de tomar las decisiones, toda vez que nadie puede valorar desde su psique, desde su alma, lo que él debe hacer, sólo cada uno de nosotros podemos marcar nuestro camino. Nacimos libres de pensamiento y acción, y esa libertad nos permite ir por la ruta que elijamos, ya sea meditando profundamente por dónde ha de transcurrir su vida, ya dejándose ir por lo cómodo y sencillo que suele ser el camino más erróneo.

Si bien el individuo estará lleno de dudas cuando medita teniendo fuentes que lo ayudan y acompañan, todo el panorama empeorará si llegado ese momento se encuentra solo, sin la ayuda que le puedan prestar otros seres que se formaron debidamente con la compañía de la fe. No tienen a quién preguntar, no reciben las respuestas que le pudieran ayudar a encaminar su vida, ha de ser él sólo, frente a su ignorancia, el que se enroque con su imaginación, con su pensamiento, con qué puede ser mejor de las dos o más situaciones que encuentre como solución. En resumen, se halla frente a sí mismos con el embarazo de por dónde tirar para salir adoptando al menos una forma correcta, decorosa, digna, que le proporcione la paz.

No siempre es fácil caminar; aunque a veces sí. Sin pretenderlo, solemos andar por caminos plagados de cantos rodados y guijarros que dificultan una descansada marcha, peñascos que nos impiden el paso y es preciso circundarlos para continuar la ruta, probablemente de cascajo que hemos de cuidar pues puede lacerarnos el pie si pisamos inadecuadamente. Por ello, andar por el monte, caminar por las praderas e, incluso, a veces, pasear por la ciudad, requiere cierto cuidado con el fin de evitar daños innecesarios.

Y, está claro, España necesita en estos momentos que los españoles decidan cuál es el camino que más conviene a la comunidad, que es lo que ve en su casa que no vibra bien, qué es lo que más interesa a cada individuo que habita el territorio patrio, quienes son los que ofrecen una normalidad más segura, qué es lo que han hecho los que ostentan el poder, qué han conseguido para proporcionar mejor vida a los españoles con las leyes que han promocionado, enmarañando las normas básicas como la Constitución, lo que ha conducido a que cada día se cierren empresas, echen el cierre comercios, en el medio rural se sacrifique no poco ganado porque no lo han podido mantener los terratenientes, de qué forma se ve cada día cómo aumenta el número de necesitados por todo el país, tropezando con que en ese mismo espacio de tiempo, por poner un ejemplo, la vicepresidenta segunda del Gobierno y ministra de Trabajo y Economía Social, Yolanda Díaz, completa su vestuario, secundándola todo el Gobierno al acordar el incremento de sus sueldos..

España no va bien. Para que lo consiga hay que cambiar radicalmente su gobierno. Limpiar todas las sábanas de la casa que tienen unas manchas insoportables; ordenar los muebles que presentan un aspecto enclenque, enfermizo, deprimido. En definitiva hacer un cambio total y radical para empezar una vida nueva.

Y para ello, amigos, que cada cual piense y medite en su rincón. Los que tengan el consuelo de la ayuda de su religión, de su fe, que acudan a ella. Los que

estén obcecados en que no necesitan de la fe, que ellos solos saben solucionar sus problemas, que mediten profundamente, y que lleguen a la mejor solución.

Nosotros tenemos las ideas claras y creemos que ha llegado el momento de que cada cual se analice a sí mismo y también que lo haga en conjunto. No viene mal, a este propósito, la cita que nos dejara Ludwig Wittgenstein, filósofo, matemático, lingüista y lógico austriaco (1889-1951), que posteriormente se nacionalizó británico: «Trata de mejorarte, que es lo único que puedes hacer para mejorar el mundo». Sin duda tenía razón. El mundo tiene necesidad de mejoras y de la única forma que podemos echar una mano es mejorándonos a nosotros mismos.